

Transpirar la camiseta

Rafael Sibils

Lo peor era ser puto, y el Tomás evidentemente lo era. Reputo. Más de una vez lo habían encontrado en los vestuarios con alguno de los juveniles, y dos por tres andaba buscando machos por las calles del centro. Incluso se comentaba -con bastante mala fe y poca evidencia- que buena parte del escaso dinero que se llevaba iba a parar a manos del hijo mayor de la gorda de la cantina.

El Tomás nunca lo había escondido, no lo negaba. Tampoco lo aceptaba abiertamente, no lo hubieran dejado jugar... . O tal vez sí, no estoy seguro. Pero, en esa época la Directiva del basketball tenía que guardar las formas, la Institución no aceptaba delincuentes ni inmorales. Se decía (hasta que al Presidente y al Secretario los procesaron por estafa y encubrimiento) que era el único club de la zona que cuidaba las buenas costumbres, por eso las madres lo elegían como el más seguro.

Sergio era un tanto torpe y no pasaba del metro setenta y cinco. Eso sí, se mostraba voluntarioso y metedor. Jamás faltaba a las prácticas, llegaba siempre en hora y ponía su mejor esfuerzo a disposición de las indicaciones de técnicos y compañeros. Aún así, a lo largo de los años en que jugó nunca tuvo una actuación destacada, nunca fue determinante. En los partidos difíciles le tocaba mirar de afuera; en los otros generalmente entraba cuando estaban definidos.

Al otro día, algo ojerosos y con algunas aspirinas encima todos estábamos ahí. En tanto los de la costa -más enteros- calentaban con ganas, nosotros tirábamos algún libre para no enfriarnos. El Tomás armó con cuidado la defensa y -contra lo esperado- se incluyó como titular en el dos uno dos: él abajo con

el Perfil, el Quieto al uno, el Muñeca y el Conejo marcando arriba.

En el banco Sergio, Alvarez, Chiribao y yo cambiados; los demás vestidos de particular, lesionados o habiendo decidido no jugar.

En ataque el Tomás en la llave, el Perfil cortando por abajo, el Muñeca y el Quieto en los laterales, y -por supuesto- el Conejo armando.

Empezaron ellos adelante; a los cuatro minutos llevaban ocho de ventaja. Pero antes de que terminara el primer cuarto, gracias a dos triples del Muñeca y a las combinaciones Conejo - Tomás, íbamos sólo un doble abajo. Habíamos ajustado la defensa y -sí bien dio resultado- nos costó cargarnos de faltas. Terminamos el primer cuarto con nueve fouls, un disparate.

Prácticamente todos en el cuadro, en mayor o menor grado y en forma más o menos flagrante, tomábamos parte en las burlas y el menosprecio. El tema se percibía en el ambiente, era una constante. Es que además de lo tensos que nos ponía un homosexual tan cerca, estaba la envidia, porque el Tomás era un crack. Uno de esos que aprenden solos y jamás hay que enseñarles un movimiento o repetirles una jugada. Un privilegiado, de los que nacen con la técnica en la cabeza y sólo tienen que observar para que las cosas les salgan en forma perfecta. Y por si fuera poco, medía como uno noventa, lo que en aquella época era mucho. Un verdadero hijo de puta.

Estar en el banco de suplentes es una experiencia en sí misma. No me refiero a alternar habitualmente y de cuando en cuando salir de la cancha, o sea a conformar de algún modo el núcleo valioso del equipo. No. Estoy hablando de empezar siempre afuera; de ir a tratar de ser mejor que los contrarios aceptando que se es menos que los titulares del propio cuadro. De sentirse parte de un todo, pero la peor parte.

Es necesario vencer la envidia y el deseo de que un compañero (que afuera de la cancha puede ser un buen tipo o no, da lo mismo) haga la quinta falta, se canse o incluso se lesione, y encima alentarlos. Hay que tolerar ser desestimado como regla fija, soportar arbitrariedades y contentarse con las felicitaciones menos efusivas o con una pequeña porción del derecho a la amargura. Se trata, en concreto, de entender realmente qué es un equipo.

Por otro lado, se comparten las cosas de manera diferente con aquellos a quienes también les toca hacer banco. Y con Sergio teníamos una buena relación; hablábamos bastante.

Para el segundo cuarto entró Chiribao por el Tomás, que se sentía un tanto afectado. Algo pálido, tal vez con un poco de fiebre, siguió dirigiendo y alentando a los compañeros. También entré yo sustituyendo al Quieto que tenía tres fouls.

Seguimos moviéndonos mejor que al principio, pero ellos habían encontrado su juego y estaban bien físicamente. Aparte, sin el Tomás se nos hacía cada vez más complicado llegar. De todos modos, debido a que Chiribao, antes de agotarse, logró un par de dobles y algunos libres y yo no anduve del todo mal en ataque, no terminamos el cuarto muy abajo; creo que seis o siete. Pero el problema eran las faltas; todos estábamos con tres o por ahí.

De media y cuarta distancia, el Tomás era casi infalible. Tiraba con mucho vuelo saltando un poquito reclinado hacia atrás, y era raro que la bola tocara el aro. Aparte, con o sin marca daba lo mismo. Y si lo encimaban dos o le cambiaban en la cortina te dejaba solito pasándola con una mano y sin mirar. Un jugadorazo. A pesar de que era medio liviano iba fuerte al rebote y de las pocas veces que erraba, muchas recuperaba la pelota. Además la llevaba bien, siempre cubriéndola; pero no le gustaba picar salvo en la llave, su lugar preferido. Ahí la recibía arriba, sobre la línea de personal, media vuelta, tal vez un amague y el tiro o la entrada bien hasta abajo. Y si no, el pase preciso.

Por si fuera poco, el Tomás echaba para adelante como el que más y nunca recriminaba a los de su equipo. De hecho alentaba siempre, especialmente a los que jugaban menos o cuando alguien la cagaba, y siempre pedía cambio para que entraran otros cuando el partido estaba liquidado. Flor de compañero.

Apenas comenzado el tercer período el Quieto hizo la cuarta (yo había salido y tuve que volver). Unos minutos después el Perfil salió por cinco fouls, por lo que reingresó el Quieto. Alvarez entró por el Muñeca que no daba más, lo que hizo que perdiéramos en ataque, aunque la defensa continuaba funcionando.

Estaba claro que ellos eran más, pero a veces la suerte o qué sé yo: dos dobles del Quieto y un triple del Conejo (que nunca probaba de tres pero se vio casi obligado) nos pusieron a tiro.

Terminamos el cuarto cinco abajo y casi todos a una de salir por quinta, menos el Conejo que casi nunca hacía fouls y sólo tenía dos.

En la vida tampoco le había ido muy bien a Sergio. Fue -en el mejor de los casos- mediocre en todo lo que hizo. No lo digo yo, fue su propia evaluación. Ya en aquellos días de juventud él mismo se auguraba un futuro sin esperanzas ni metas, y mostraba una vida opaca y vacía. Se hubiera podido apostar diez a uno a que le iría como le fue; era como si se hubiese sentenciado, vaya uno a saber porqué. Lo único que tuvo a favor -su tenacidad- no le había sido suficiente para vencer sus infaustos presagios.

En el equipo sólo se hablaba del Tomás por dos motivos: sus habilidades deportivas o su condición de homosexual. Apenas era tenido en cuenta como compañero y nunca como amigo; eso hubiera sido arriesgarse a caer en sospechas y en boca de todos. Admitíamos abiertamente nuestra admiración por su juego, pero nunca íbamos más allá. Era casi un acuerdo explícito que nadie se le acercara mucho, que la felicitación fuera sólo de palabra; para él no había palmadita en el culo o en la espalda, era demasiado peligroso.

Sin embargo había un detalle: cuando hablábamos de su capacidad en la cancha nuestro reconocimiento era expresado en forma exagerada. Creo que así, a través de lo único que creíamos lícito manifestar, dejábamos traslucir otros sentimientos. Por supuesto, aún al elogiarlo francamente nos esforzábamos en dejar entrever que nos inspiraba cierta lástima, no fuera cosa que alguien malentendiera.

Las perspectivas no eran buenas y todos esperábamos que el Tomás volviera, a ver si podía equilibrar. Pero al inicio del último cuarto se mantuvo afuera; seguía cansado y se guardaba para los minutos finales, era la única explicación. O estaba echando para atrás, nunca se sabe. Pero no, él no era así.

Entramos Chiribao y yo abajo, el Quieto al uno, y el Muñeca con el Conejo adelante. En el primer minuto el Muñeca hizo la quinta y Chiribao se dobló un tobillo, un esguince jodido que lo obligó a salir, por lo que entraron Alvarez y Sergio. El Conejo pasó al uno, adelante Alvarez y Sergio, y yo abajo con el Quieto, con lo que de alguna manera nos manteníamos aceptablemente en defensa. Ellos también estaban cansados, pero no tanto como nosotros. Y por si fuera poco, tenían menos faltas y más recambio.

Hacia mucho tiempo -desde que su única hija se casó y no le dio nietos y su esposa volvió con la madre sin dar innecesarias explicaciones- que los días de Sergio transcurrían entre amarrados y polvorientos papeles, la pensión y el televisor.

Un poco de alcohol de cuando en cuando (no mucho porque le hacía mal), los compañeros del archivo casi todos tan gastados y secos como él, una flaca frígida y gritona a la que no veía más de dos veces por mes, el fútbol en decadencia, la televisión de nuevo. En fin, hacía años que nada valía la pena.

El juego del Tomás siempre había necesitado de alguien que lo habilitara, que lo esperara y lo entendiera. Que supiera de antemano hacia donde se desplazaría luego de los amagues e intuyera cuantos iba a hacer, que percibiera en su actitud si cortaría por abajo o por delante del contrario, si tentaría la cortina o bien girar para quedar mano a mano con su marcador. Requería de un socio que le diera el timing exacto a la jugada, que tuviera claro cuando no insistir con el Tomás para dejarlo descansar un poco, que supiera cuando apoyar a otro y descargar así la presión que los contrarios ejercían sobre él.

Alvarez no estaba marcando mal, aunque en ataque se cagaba como gallo dormido. Sergio las buscaba todas, pero sin efectividad; corría a lo loco y en menos de treinta segundos hizo dos fouls.

A esa altura faltaban ocho minutos y llevaban siete, y la ventaja no era mayor gracias a que el Conejo marcaba bien al Vela -el mejor de ellos- y a que el Quieto, además de controlar al pivot contrario, logró un par de dobles importantes.

Ese socio del Tomás en la cancha era el Conejo, un moreno pesado y fuerte, no muy alto, bastante lento y con la cara salpicada de granos. Tartamudo y portador de dos enormes incisivos, si había algo que no le faltaba era la posibilidad de inspirar sobrenombres. Él mismo había elegido el de Conejo, quizás porque aludía a un aspecto inocuo o no tan desagradable de su imagen. Casi no hablaba, pero jamás se lo desafiaba, aunque nunca tuvo que demostrar nada. Su hermano mayor ya lo había hecho y con eso alcanzaba: constaba en los antecedentes de rapiña y violación.

Un hecho más distinguía al Conejo: contadas veces, luego de victorias especialmente difíciles o relevantes -autorizado por el respeto que generaba y por la carga de tener que llevar la mayor parte

de la ofensiva junto con él- se permitía abrazar al Tomás en forma ligera y discreta, con anuencia de todo el cuadro.

La cosa había sido siempre así: todos marcamos a muerte, la recuperamos y salimos tranquilos. Pelota al Conejo, que se calienta cuando no se la das o no metés lo suficiente. Esperamos que llegue el Tomás, habilitación y doble. A la marca y empezamos de vuelta. Con alguna excepción en ataque para aliviar al Tomás o para dejar que otro se saque las ganas. Y por muchos años fue efectiva.

Entonces, lo imprevisto. Me la dan sobre el costado de la llave, amago entrar y la saco para el Conejo que viene de frente. Se acomoda para el triple y su marcador inteligentemente apenas le toca el codo en el tiro. Los jueces no cobran (en realidad no la vieron) y erra apenas. El Conejo, tartamudeando, intenta decir algo y no le sale, por lo que se calienta aún más. Protesta gesticulando al tiempo que vuelve a la marca y uno de los jueces le hace señas: siga y no hable.

En la siguiente jugada el Conejo, frustrado y cansado hasta la obnubilación, le da con todo a un flaquito encarador que buscaba meterse y el pobre cae feo. Un foul muy duro, nada más. Pero el juez que segundos antes había desestimado el reclamo del Conejo lo cobró como antideportivo.

Por un instante todos pensamos que la tartamudez salvaría al Conejo, porque la puteada se le leía en la cara. Sin embargo no fue así: se aproximó al árbitro y le aplicó un desmañado y no muy fuerte golpe en el pecho haciéndolo tropezar y caer, sin más consecuencias que el susto y lo deshonroso de la situación.

El Tomás nos había llamado -veintitantos años después de que cada uno hubiese tomado por su lado- para jugar el campeonato nacional de veteranos.

Nosotros representaríamos al Centro Social y Cultural de la Ciudad Vieja, en el que Tomás se desempeñaba como funcionario administrativo. Dijo que armaría un cuadro competitivo y la verdad es que consiguió lo que había sido lo mejor del barrio mediante un esfuerzo no muy explicable en él. En realidad el Tomás afuera de la cancha no había tenido mayor contacto con ninguno de nosotros, y por lo tanto su convocatoria nos llamó un tanto la atención. Aun así tuvo eco, y aquel barrio que antes había alentado a aquellos jóvenes, ahora encontraría a estos veteranos intentando demostrar que todavía podían, y sobre todo tratando de defender la historia de una época que había muerto sin dejar mayores rastros.

El Conejo -de agotado que estaba- perdió la estabilidad y cayó sentado al borde de la cancha, pero apenas tocó el suelo volvió a levantarse. Tanto los jugadores como el otro árbitro y la escasa hinchada (en buena medida femenina e infantil) quedamos estáticos y en silencio durante unos segundos, mientras las miradas confluían alternativamente sobre el juez golpeado y su agresor.

Si bien tales sucesos no habían sido raros en nuestra época juvenil, en este campeonato todo sucedía con mediana corrección. Por eso y por la sorprendente actitud inmediata del Conejo fue que el lío no se generalizó. En efecto, al ver al juez intentando reincorporarse, el Conejo se acercó y lo tomó de un brazo para ayudarlo. El árbitro no podía terminar de creer que quien recién lo había agredido ahora tratara de colaborar con él, y algo confundido aceptó la ayuda.

Naturalmente, la buena acción no impidió -a poco que el juez terminó de recomponerse- que el Conejo fuera expulsado.

El Perfil estaba entero, el Muñeca conservaba el tiro, el Quieto había estado un par de años fuera de circulación por robo a mano armada, Gutiérrez se había muerto de cáncer de páncreas dejando dos gurises. Chiribao no podía ni con la vida, el Pato se había dedicado a la política y era edil, el Carlitos vivía en Australia, el Cacho andaba por el interior, Alvarez seguía siendo el mismo cagón, el Molleja tenía mal la rodilla, Ramón no veía nada, el Negro-Negro residía en el manicomio y no se sabía si lo dejarían salir para jugar.

El Tomás casi no había cambiado; se le veía elegante y con el mismo paso ágil y decidido, quizás con un ligero amaneramiento que nunca había dejado entrever. Y como siempre, mantenía su actitud amable y distante a la vez.

La cosa se nos complicaba. Lo único que hubiera podido favorecernos en ese momento era que los jueces se asustaran y comenzaran a inclinar sus decisiones para nuestro lado, como tantas veces habíamos visto y provocado. Pero no fue así; no se aterrorizaron, hay que reconocerles que continuaron cobrando mal pero parejo.

El último jugador que nos quedaba como recambio era el Tomás, y no tuvo más remedio que entrar por el expulsado Conejo. El Quieto de vuelta al uno en defensa; en ataque el Tomás al borde de la llave, el Quieto cortando abajo, en los laterales Sergio y yo, y Alvarez con la tarea de distribuir y habilitar al Tomás.

El campeonato se desarrolló en forma bastante apacible y grata, salvo por algunas notas un tanto dramáticas en torno a lesiones o trastornos físicos.

El Tomás dirigía al equipo y jugaba lo justo; entraba sólo cuando era necesario. Era claro que disfrutaba al hacer jugar a los otros, al darnos la oportunidad de divertirnos, de sentirnos otra vez en carrera por algo que valiera la pena.

No nos estaba yendo mal y algunos lo atribuían a la unidad de la gente; decían que todos queríamos al barrio y que éste nos daba fuerza. Yo creo que sobre todo era porque nos movía cierta rabia originada en el orgullo y la frustración. En general la vida de los que crecimos en aquella zona no había sido muy exitosa. Nadie -salvo excepciones- había ido más allá de primaria o conseguido lugares sociales de cierta categoría. Y ahora, más allá de los cuarenta, las cosas tampoco iban a cambiar mucho. Por lo tanto sólo quedaba aferrarse a viejas glorias y tratar de revivirlas.

Lo que para los jugadores provenientes de medios más privilegiados era un grato reencuentro, en nuestro caso tomaba un tono más intenso, más grave. Era una segunda oportunidad de ser iguales, aunque fuese por un momento.

Por eso nos extremábamos tanto, por eso volvíamos a poner el alma en la cancha. Pero naturalmente, el cuerpo no respondía como el alma. El campeonato fue largo y las lesiones o la constatación de que para algunos era mejor verla de afuera y cuidarse habían ido poco a poco -a medida que avanzaba el torneo- raleando los planteles. Así, llegamos a cuartos de final con sólo nueve competidores en condiciones aceptables.

Tal vez fue porque el Conejo no se marchó a vestuarios como hubiera correspondido; se quedó ahí, en el banco, mirando a los de la costa con sus ojos oscuros de veterano con mil batallas perdidas. Quizás porque su expulsión nos motivó y dimos todo, o por ambas cosas y quién sabe que más. No lo sé en realidad. Lo cierto es que ellos empezaron a ponerse nerviosos, a arrugar abajo y tirar con miedo, y nosotros a meter como nunca, como antes.

Todos menos el Tomás, que apenas corría la cancha pero la clavaba cada vez que se la daban. Guardaba sus energías para definir y sabe Dios que lo hacía; aunque le pusieran dos en la marca conseguía el doble o el foul y no erraba un libre.

Alvarez lograba habilitarlo correctamente, si bien no con la efectividad del Conejo, por lo que la pelota demoraba un poco más de lo debido en llegarle y se perdía alguna. De haber esta-

do jugando el Conejo seguro que pasábamos adelante, pero aún así conseguimos ponernos a uno faltando cuarenta y cinco. Casi un milagro.

Para nosotros, que raramente ejercíamos algún tipo de actividad física, semifinales era un gran logro. Y habiendo llegado hasta allí, la tentación del primer lugar no estaba ausente. No tanto al principio, cuando nadie esperaba mucho. Pero ahora podía decirse que otra vez el honor estaba en juego.

Semifinal contra los de la costa, muchos de los cuales hacían deporte regularmente y se cuidaban. Contra los de esa zona residencial, con esos autos y esas mujeres.

Que no creyeran que les iba a ser fácil. Eran más en número e incluso habían practicado antes del campeonato, pero nosotros teníamos más fuerza, más ganas, más huevos. No iba a ser sencillo para los nenes, lo tenían claro desde hacía muchos años.

Sacan ellos de abajo, llegan despacio y el grande entra buscando foul o doble. Le bajo la mano con todo; dos tiros y emboca el primero.

Faltando veinticinco llevaban dos y tenían un libre. Erran y agarro el rebote, la saco rápido para el Quieto que se la volea al Tomás mientras todos corremos con nuestro último aliento hacia el tablero contrario.

A veinte del final el Tomás se eleva de media distancia entre la doble marca y se queda corto.

Entre dos de ellos, más altos y fuertes, aparece Sergio. Pelea el rebote y lo consigue sobre la línea de personal. Muy encimado, pica hacia afuera sacándose la marca de arriba. La aprieta, la protege, amaga tranquilo -como si tuviera todo el tiempo del mundo- y con un pase exacto deja solito al Tomás que cortaba por abajo de la tabla. El Tomás de ahí no erra; empatamos faltando nueve segundos.

Así las cosas, el viernes previo al partido nos juntamos para practicar suavemente y casi se nos viene el mundo abajo: el Tomás no se sentía muy bien. Aunque sólo le dolía un poco la garganta y aseguró -antes de retirarse a descansar- que al otro día estaría para jugar, su malestar justificó nuestro primer whisky. De ahí en más hasta las cuatro de la mañana, discutiendo táctica y planeando jugadas al principio, desafiándonos a recordar fechas y anécdotas después. Por lo tanto -además de no llevarse adelante la práctica- la mala noticia concluyó con más de medio cuadro totalmente borracho.

El equipo de la costa pone la pelota en juego tratando de habilitar al Vela -que ya nos había hecho treinta- en la media cancha para que la llevara buscando el tiro definitivo o la penetración.

No se le puede achacar a un error del alero que intentó el pase. Simplemente, Sergio se jugó todo a la intuición y se tiró de lleno, interponiendo su mano en el curso de la pelota para desviarla apenas. Y además sin arriesgar la falta. Perfecto.

El Vela no la pudo dominar, pelota de nadie por un segundo y otra vez Sergio ganándola. Un par de pasos largos hasta la línea de triple sobre la derecha de la cancha y la bola precisa, medida, justo al lugar donde una fracción de segundo más tarde caería el Tomás luego de aprovechar la cortina que le puso el Quieto al borde de la llave.

El Tomás con un pique para terminar de despegarse del cambio de marca, los ojos apenas abiertos, la mandíbula apretada, el doble ritmo y el medio gancho a tabla. Lo imposible, el partido ganado.

El salto, el unánime grito ronco y fervoroso, el Tomás sonriente, avanzando hacia Sergio, señalándolo con el índice de la mano derecha para reconocer sus habilitación.

El abrazo incontenible de los dos. El abrazo, intenso, bien a lo macho, pleno de emoción y transpiración, el abrazo al que ningún compañero -salvo el Conejo, segundos más tarde- se plegó.

Las cervezas en el vestuario y el comienzo del festejo que seguiría después de la ducha en el bar de siempre, con tiempo para comentarios y evaluaciones acerca del partido. Festejo en el que sólo participó quince minutos el Tomás, y luego -como había sido costumbre- se retiró discretamente.

Meses después, al reencontrarnos, los recuerdos decantados mil veces volvieron a filtrarse para trampear lo que había sido nuestra realidad.

Cuando la conversación se fue apagando, cuando el sueño comenzó a primar aquella noche de verano, Sergio y yo decidimos salir a tomar una grapa. Mi profesión de maestro sumada a nuestra antigua amistad fueron excusa para que me confiara sus interrogantes.

Ambos concordamos en ciertas respuestas: era claro que el abrazo en público luego del partido no sólo fue expresión de su agradecimiento y emoción, sino también un modo de pagar. Una forma de obligarse a sentir una mínima parte de la vergüenza y el desprecio que el otro había sufrido; Sergio necesitaba quedar en paz con su

conciencia. El hecho de que el Tomás se hubiera molestado en invitarlo al campeonato había entreabierto las puertas, y la alegría por haber contribuido a aquel triunfo hizo el resto.

También logré contestar otra de sus preguntas, la que paradójicamente le inspiraba menos miedo: no, el S.I.D.A. no se contagia a través del sudor.

La duda que no logré aclarar sonaba absurda, irreal en el contexto de la vida cotidiana de Sergio, la que parecía importarle un carajo. Sin embargo, se había impuesto en su cabeza desde aquel partido y afloraba ahora, quizás facilitada por la tercera grapa en ayunas. Pero no pude ayudarlo, no supe contestar si alguien se puede hacer puto a esta edad.

Luego todos -inesperadamente sin excepciones- continuamos compartiendo el dolor hasta bien entrada la madrugada.